

¿Puede ser América Latina un espejo donde mirarnos para salir del laberinto?

Por Mark Aguirre

América Latina es un continente poblado de luces. También de sombras, no nos engañamos sobre eso. Pero, desde nuestras lúgubres oscuridades, encarna una esperanza. Lo que pasó allá, cuando nadie lo esperaba, puede pasar aquí. Tal vez está ya empezando ya a pasar. Conviene tener los ojos abiertos, y el corazón dispuesto.

Primero fue la indignación. “No, no, no nos representan” dijimos. Resistimos. Vivimos entonces momentos grandes ocupando plazas. Nos ignoraron y despreciaron. Frustrados por la precariedad y su violencia fuimos transformando la indignación en rabia. Lo hicimos en las luchas contra la brutalidad de los desahucios, defendiendo la salud y la educación pública, los derechos de las mujeres, los de los inmigrantes. En las elecciones europeas volvimos a moverles el tapete. Pensaban que éramos cuatro gatos pero resulta que éramos multitudes. No les resulta ya fácil manipularnos. No son ellos los que controlan a pesar de que nos vigilan día y noche. Los desafiamos a convocar un referéndum para decidir entre República y Monarquía. Pero para ellos nunca es la hora de la democracia. Los momentos más poderosos están todavía por llegar: el tiempo en que convirtamos la indignación y rabia en un inteligente proyecto político alternativo.

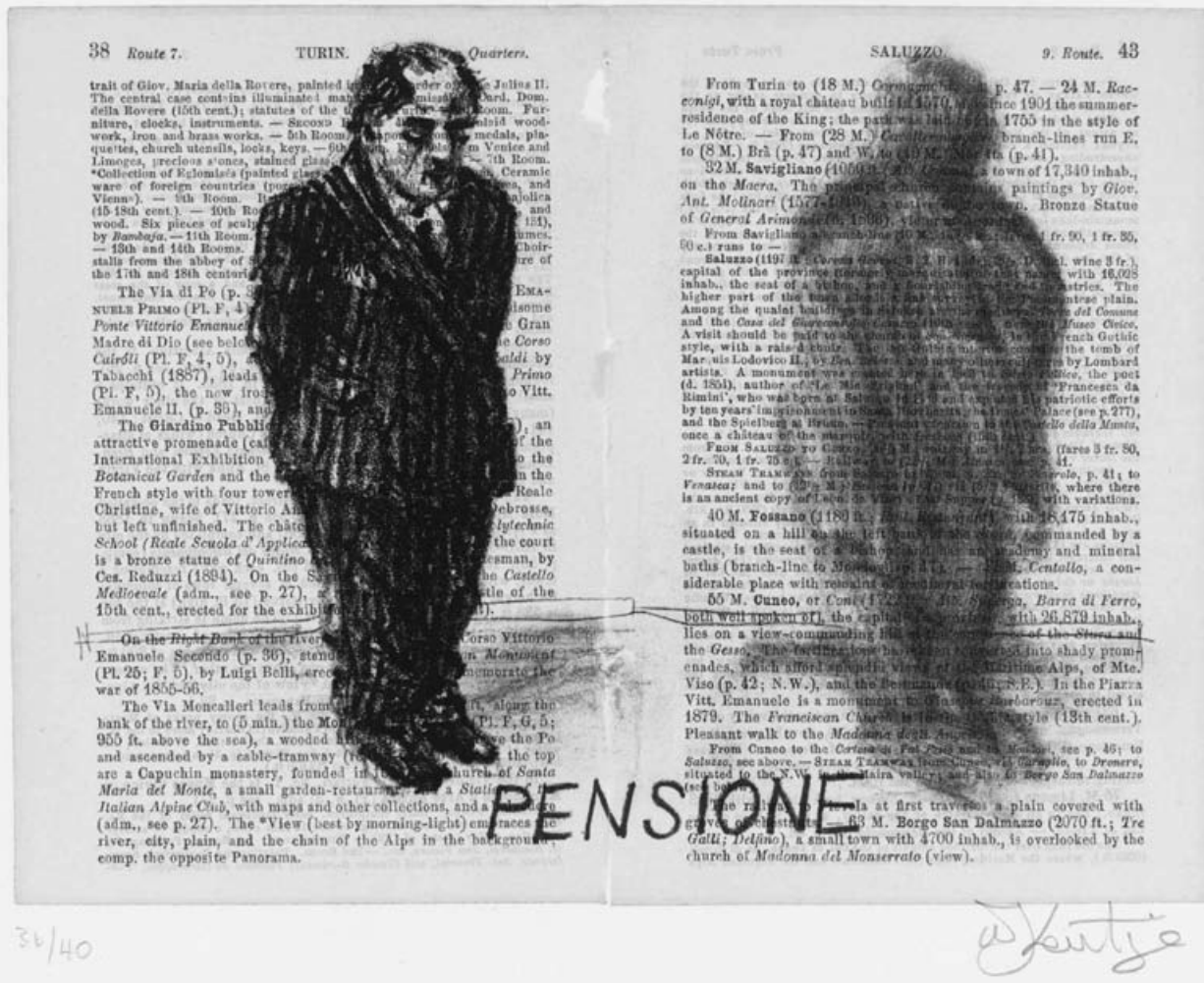
* * *

América Latina viene transitando en esa dirección quizá desde que un grupo de indígenas mayas se insurreccionó hace 20 años en la selva Lacandona. En ninguna otra región como en América Latina se ha experimentado con políticas creativas, rompiendo las recetas simplonas neoliberales, refundando estados, o empoderando a las comunidades; se ha tenido en

cuenta a las minorías, a los más vulnerables o considerado los intereses de la naturaleza.

Habían conocido la misma rabia e indignación que ahora nosotros conocemos. Eran sentimientos provocados por las mismas políticas neoliberales de ajuste que experimentamos. Por la misma catástrofe social que padecemos. Por el mismo paro, precariedad y la pobreza en aumento que sufrimos. Fue la indignación provocada por un aumento de precios lo que empujó una mañana a los pobres de los cerros de Caracas a paralizar el transporte. El gobierno neoliberal de Carlos Andrés Pérez aplastó en sangre la protesta. La indignación se transformó en rabia. Sin el caracazo el Presidente Hugo Chávez –al menos tal como lo conocimos– nunca hubiese existido. Su grandeza fue su audacia para convertir esa rabia en un proyecto político mayoritario que cambió la dirección de Venezuela y América Latina. Lo mismo ocurrió en Bolivia con los cocaleros o en Ecuador con los movimientos indígenas. En estos países los movimientos sociales fueron capaces de expresarse políticamente hasta el punto de que llegaron a ganar elecciones y formar gobiernos; crearon procesos políticos tan profundos y densos que cambiaron de raíz la constelación política existente. En Venezuela Acción Democrática y COPEI, que venían pasándose el poder entre ellos desde hacía más de 30 años, se convirtieron en partidos testimoniales. El bipartidismo colapsó. Lo mismo puede decirse de Bolivia o Ecuador, donde también hubo terremotos políticos.

Es eso lo que teme Felipe González cuando sorprendido de cómo habían votado los españoles en las últimas elecciones habló de la “amenaza bolivariana”. Está preocupado porque los de abajo, aquellos del “no, no, no nos representan”, sean capaces de forjar un movimiento político independiente. Él conoce bien de que se trata, porque solía viajar en el avión presidencial venezolano con su amigo Carlos Andrés Pérez, también socialdemócrata como él. Tiene miedo de que ocurra en nuestro país lo que ocurrió en Venezuela, en donde Carlos Andrés Pérez tuvo que huir para no ser encarcelado condenado por corrupción. Tiene

William Kentridge, *Pensione*. 1999.

miedo de que se rompa el dique del bipartidismo. Está aterrizado de lo que lo que ha ocurrido en Cataluña con el PSC, caer casi en la marginalidad, le acabe por pasar al PSOE. Está preocupado porque sus cuates y compinches del bipartidismo tengan que disolver el Partido Popular por confundir un partido político, con sus Gurteles y Bárcenas, en una organización de tipo mafiosa. Por eso TVE, supuesta televisión "pública", boicotea a Pablo Iglesias y Podemos, como ha denunciado Comisiones Obreras. ¿Qué, si hablando verdades los oyentes despiertan y se desploma el régimen monárquico, impuesto por el franquismo con el chantaje del golpe de Estado escenificado por Tejero, como un castillo de naipes?

* * *

No hace mucho, una noche, millones de telespectadores encendieron la televisión para escuchar al Presidente. Lo anómalo era que el Presidente no era el suyo. Uruguay es un país pequeño sin mucho peso político y económico. El entrevistado tampoco era que digamos un tipo Balderas. Se trataba de un señor mayor, con desdén hacia las "marcas" de ropa, viviendo en una modesta casa rural y no en un palacio, para mostrar que hace tiempo que no cambia de coche, que en vez de un master en Harvard había estado 15 años en una celda por su pasado guerrillero. ¿Cómo era posible tanta expectación por un tipo como ese? La respuesta es simple: los españoles estamos hartos de nuestros propios políticos. Envidiamos tipos como José Mujica. Añoramos su honradez, su inteligencia, su compromiso. El Régimen monárquico que nos endosó el franquismo ha

convertido la política –que la necesitamos– en un estercolero. Hasta el punto que tras abdicar tuvieron que eximir al ex-monarca de tener que cumplir las leyes. ¿De qué crimen o delito se quiere proteger? El propio régimen se está devorando a sí mismo. El ayuntamiento de Santiago de Compostela –ciudad adonde el Sr. Rajoy llevó al primer ministro de Japón Shinzo Abe, me imagino que para enseñarle “nuestra grandeza”– tiene que hacer malabarismos para funcionar de tantos concejales inhabilitados por corrupción. Cientos de políticos del PSOE, PP, CiU han pasado o van a pasar por los tribunales. Hay al menos 128 políticos de alto nivel imputados por corrupción. En León dirigentes locales del PP resuelven diferencias recurriendo al asesinato. Han envilecido la política. Según la Encuesta Social Europea, los ciudadanos españoles dan las notas más bajas posibles a sus políticos. Lo malo es que necesitamos la política para cambiar de dirección a este país. Necesitamos rescatarla de las manos de tantos granujas. Necesitamos nuevos políticos con ética, como José Mujica. Políticos que sirvan a los que le han elegido y no a los banqueros y constructores de la puerta giratoria. ¿Tendremos que refundar el Estado para ello, abrir procesos constituyentes como hicieron en América Latina para barrer del país a una casta canalla?

* * *

España se ha convertido en el país de la OCDE (Organización Económica de Países Desarrollados) en donde más ha aumentado la desigualdad en los últimos años, y no es que fuéramos de los más igualitarios. Según esta organización, nada sospechosa de ser de izquierdas, entre 2007 y 2010 el 10 % de la población española más pobre perdió un tercio de su ingreso. Los más ricos lograron mantenerlo. ¿Para quién hay crisis? En consecuencia, el coeficiente de Gini, ese instrumento de sociólogos que mide la desigualdad económica, se ha incrementado en casi un 3%. No es que América Latina sea un ejemplo de igualdad, según la CEPAL sigue siendo la región mundial más desigual, pero lo que es interesante es que se están dotando de instrumentos para combatirla, mientras nosotros los tiramos por la borda. Mientras ellos mejoran nosotros empeoramos.

Lula da Silva, el Presidente brasileño, entendió pronto, desde que era un sindicalista, que la desigualdad es un problema político y no sólo económico. Un problema que se combate en las fábricas para fijar el salario pero se decide en el gobierno. Una sociedad igualitaria requiere que la lucha de clases se decante a

favor de los asalariados, los parados, los jubilados, los parias de la época... los que menos ingresan. Por eso Lula salió del sindicato para formar un partido político.

Lula en el gobierno tuvo la osadía de romper con la lógica que dominaba en los círculos de los economistas en el poder. Una lógica que las dictaduras militares con sus fusiles habían incrustado hasta la médula en los gobiernos. Lula se encontró con una soberanía limitada, una deuda poderosa y un Estado debilitado. Lo habían convertido en una pieza de caza fácil para banqueros y multinacionales. Los poderosos conglomerados privados que han secuestrado las democracias. En sus primeros años de gobierno se dio cuenta de que sin recuperar y fortalecer el Estado, sin dotarle de músculo económico, de poderío soberano, los cambios que exigían sus votantes no podrían realizarse.

Rompió también con la lógica de los economistas de la escuela de Chicago de que antes de repartir se requieren años de crecimiento. Lula mostró en la práctica lo contrario: que con políticas de gasto público orientadas a aumentar el ingreso de los trabajadores y los pobres se puede crecer. El crecimiento y la mejora de la distribución son compatibles. Resultaba que la austeridad es una medida política para quitar poder de negociación a los trabajadores. Lula mostró que con un gasto público del 0,5% del PIB se beneficiaron 50 millones de brasileños. En unos pocos años (2003-2009) la economía creció a tasas poderosas, cercanas al 5%, y 43 millones de brasileños dejaron atrás la pobreza, y la clase media, trabajadores con salarios dignos, aumentó en un 40%.

Los políticos progresistas latinoamericanos confirmaron algo que ya se sabía. El capitalismo de libre mercado sin medidas

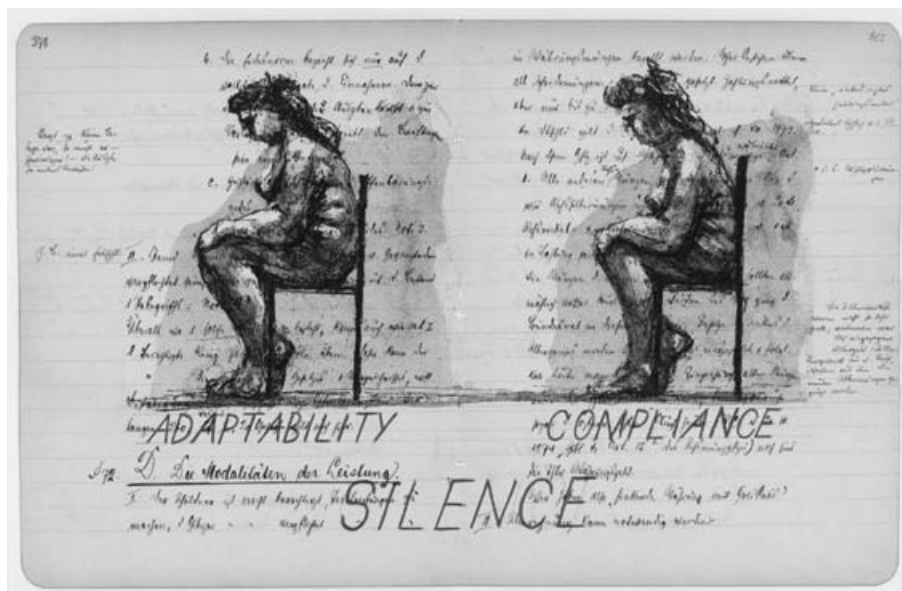
redistributivas desde el Estado concentra el ingreso y crea oligarquías, como nos está ocurriendo a nosotros ahora. Hugo Chávez y Lula fueron capaces de volver a poner la lacra de la desigualdad en la agenda de los gobiernos. Hugo Chávez la del socialismo. Los indignados la estaban poniendo en la de la calle. Las series suministradas por el libro de Piketty, *El capital en el siglo XXI*, la ha traído de vuelta entre los economistas. La

lucha por un mundo más igualitario está de nuevo de regreso. ¿Podremos aprovechar el impulso para cambiar la dirección de las políticas europeas?

Piketty ha mostrado empíricamente que la desigualdad es intrínseca al capitalismo. Durante su historia solo en el periodo que siguió a la segunda guerra mundial, en que políticas keynesianas apoyadas en las grandes movilizaciones obreras del

TVE, supuesta televisión “pública”, boicotea a Pablo Iglesias y Podemos.

Los españoles estamos hartos de nuestros propios políticos. Envidiamos tipos como José Mujica.



Adaptability / Compliance / Silence. 1999.

periodo de entreguerras instauraron un “estado social”, se incrementó la igualdad. Se trataba de una anomalía histórica, que cuando pudieron los capitalistas se la sacaron de encima. Los neoconservadores aplastaron con diferentes tácticas, violentas y no violentas, a los sindicatos y partidos de izquierda que sostenían la participación del trabajo en la renta nacional. Ha llegado el momento de revertirlo. No pueden existir sociedades diversas y cohesionadas sin sociedades igualitarias. Como muestran las series de Piketty ¿necesitaremos deshacer-nos del capitalismo para ello?

* * *

En pocos lugares existe una propuesta ecológica mundial más creativa que en una esquina ecuatoriana de la selva amazónica. Es también una iniciativa desconcertante. Comunidades pobres están dispuestas a renunciar a la explotación de tres pozos, Ishpingo, Tambococha y Tiputini repletos de petróleo para conservar la riqueza de la biosfera del Yasuní en donde viven y salvar a unas pocas familias taromenane y tagaeri, dos grupos guerreros huaorani que quieren seguir viviendo por ellos mismos, sin contactarnos.

Es una iniciativa generosa que ha nacido de la idea de que los otros nos importan y no solo nuestra especie. Fue creciendo paso a paso en la lucha de resistencia popular contra los atropellos y agresiones de Texaco, hoy Chevron, la compañía petrolera tejana, la bestia negra que convirtió la selva en un territorio herido y putrefacto. Una propuesta nacida desde las lágrimas que pudo convertirse en una política de gobierno cuando la

Revolución Ciudadana puso en problemas al neoliberalismo.

Ahora el Presidente Rafael Correa, el mismo que la había convertido en un estandarte de la revolución ciudadana, le ha dado una puñalada. El gobierno no puede renunciar al dinero del petróleo, “no podemos ser mendigos sentados en bolsa de oro” dijo Correa. Correa había condicionado la iniciativa ITT a que los países ricos financiaran un fidecomiso, la mitad del valor del petróleo dejado bajo tierra, para ayudar a Ecuador. El dinero no había llegado. El Estado no está dispuesto a hacer lo que sí están dispuestas a hacer varias de las comunidades más pobres.

Movimientos sociales en defensa de la naturaleza, que ayudaron a Correa a

ser Presidente, se encuentran ahora atacados por su antiguo aliado. Correa les acusa de ser pequeños grupos egoístas e infantiles enfrentados a una gran masa urbana que necesita que la economía crezca para salir de la pobreza. Los indígenas le recuerdan algo que ha llegado a ser el pan de cada día. El conflicto puede expresarse localmente, pero para nada lo es. Las condiciones actuales de calentamiento de la Tierra –los glaciares de la Antártida han empezado a derretirse y no hay marcha atrás– lo convierten en un conflicto global en torno a la dirección que el desarrollo humano debe seguir. Sobre lo que debe ser nuestra civilización. Sobre el papel del crecimiento. Un conflicto que nosotros no nos podemos ahorrar.

Pero no es solo eso. El conflicto pone en evidencia algo inquietante: la volatilidad de las relaciones entre gobiernos progresistas y movimientos sociales. Es una constante histórica: fuerzas políticas ganan poder sobre las espaldas de fuerzas sociales para luego darles una patada. Por eso es interesante también lo que ocurre en Brasil, donde los movimientos sociales están muy atentos a lo que hace el gobierno progresista y se movilizan planteando sus reivindicaciones cuando lo creen necesario. Nos enseñan a confiar más en nosotros mismos, en la manera en cómo nos organizamos, en cómo luchamos, que en nuestros representantes en los parlamentos y gobiernos por más que los necesitemos. América Latina muestra que el sistema más igualitario y democrático que queremos que emerja depende más de nuestras luchas que de los gobiernos, por progresivos que estos sean, no importa la bandera que agiten ■